



James Joyce

Un Encuentro

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **UN ENCUENTRO**

**JAMES JOYCE**

**PUBLICADO: 1914**

**FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG**

**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

Traducido al castellano por Elejandría desde su publicación original en inglés en la edición de NEW YORK, B. W. HUEBSCH (1917) disponible en [en.wikisource.org](http://en.wikisource.org)

## UN ENCUENTRO - JAMES JOYCE

Fue Joe Dillon quien nos presentó el Salvaje Oeste. Tenía una pequeña biblioteca compuesta por viejos números de *The Union Jack*, *Pluck* y *The Halfpenny Marvel*. Todas las tardes, después del colegio, nos reuníamos en su jardín trasero y organizábamos batallas indias. Él y su joven y gordo hermano Leo, el holgazán, aguantaban el desván del establo mientras nosotros intentábamos tomarlo por asalto; o bien librábamos una batalla campal sobre la hierba. Pero, por muy bien que lucháramos, nunca ganábamos ni el asedio ni la batalla y todos nuestros combates terminaban con la danza de guerra de Joe Dillon de la victoria. Sus padres iban a misa de ocho todas las mañanas en la calle Gardiner y el apacible olor de la señora Dillon reinaba en el salón de la casa. Pero él jugaba con demasiada fiereza para nosotros, que éramos más jóvenes y tímidos. Parecía una especie de indio cuando hacía cabriolas por el jardín, con una vieja funda de té en la cabeza, golpeando una lata con el puño y gritando:

"¡Ya! ¡Yaka, yaka, yaka!"

Todo el mundo se mostró incrédulo cuando se dijo que tenía vocación sacerdotal. Sin embargo, era cierto.

Un espíritu de desenfreno se difundió entre nosotros y, bajo su influencia, se renunció a las diferencias de cultura y constitución. Nos agrupamos, unos con audacia, otros en broma y otros casi con miedo: y del número de estos últimos, los indios reacios que temían parecer estudiosos o faltos de robustez, yo era uno. Las aventuras relatadas en la literatura del Salvaje Oeste estaban alejadas de mi naturaleza pero, al menos, me abrían vías de escape.

Me gustaban más algunas historias de detectives americanos que eran recorridas de vez en cuando por fieras desaliñadas y chicas guapas. Aunque no había nada malo en estas historias y aunque su intención era a veces literaria, circulaban a escondidas en la escuela. Un día, cuando el padre Butler estaba escuchando las cuatro páginas de Historia Romana, el torpe Leo Dillon fue descubierto con un ejemplar de The Halfpenny Marvel.

"¿Esta página o esta página? ¿Esta página? Ahora, Dillon, ¡arriba! Difícilmente ha tenido el día'... ¡Adelante! ¿Qué día? 'Apenas había amanecido'... ¿Lo has estudiado? ¿Qué tienes ahí en el bolsillo?"

El corazón de todos palpitó cuando Leo Dillon entregó el papel y todos pusieron cara de inocentes. El padre Butler pasó las páginas, frunciendo el ceño.

"¿Qué es esta basura?", dijo. "¡El Jefe Apache! ¿Esto es lo que lees en lugar de estudiar tu Historia Romana? No quiero encontrar más de este miserable material en este colegio. El hombre que lo escribió, supongo, fue algún miserable que escribe estas cosas para beber. Me sorprende que chicos como tú, educados, lean esas cosas. Podría entenderlo si fueras... . . . chicos de la Escuela Nacional. Ahora, Dillon, te aconsejo encarecidamente que te pongas a hacer tu trabajo o..."

Esta reprimenda en las sobrias horas de la escuela hizo palidecer gran parte de la gloria del Salvaje Oeste para mí y la confusa cara hinchada de Leo Dillon despertó una de mis conciencias. Pero cuando la influencia restrictiva de la escuela se alejaba, comenzaba a tener hambre de nuevo de sensaciones salvajes, de la evasión que sólo aquellas crónicas del desorden parecían ofrecerme. La guerra de imitación de la noche se me hizo finalmente tan fastidiosa como la rutina de la escuela por la mañana, porque quería que me ocurrieran verdaderas aventuras. Pero las verdaderas aventuras, reflexioné, no le ocurren a la gente que se queda en casa: hay que buscarlas en el extranjero.

Se acercaban las vacaciones de verano cuando decidí romper con el cansancio de la vida escolar al menos por un día. Con Leo Dillon y un chico llamado Mahony planeé un día de excursión. Cada uno de nosotros ahorró seis peniques. Quedamos en encontrarnos a las diez de la mañana en el Puente del Canal. La hermana mayor de Mahony debía escribir una excusa por él y Leo Dillon debía decirle a su hermano que estaba enfermo. Queda-

mos en ir por el camino del muelle hasta llegar a los barcos, para luego cruzar en el transbordador y salir a ver el Pigeon House. Leo Dillon temía que nos encontráramos con el padre Butler o con alguien del colegio; pero Mahony preguntó, con mucha sensatez, qué haría el padre Butler en el Pigeon House. Nos quedamos tranquilos, y puse fin a la primera etapa del complot recogiendo seis peniques de los otros dos, mostrándoles al mismo tiempo mis propios seis peniques. Cuando hicimos los últimos arreglos en la víspera, todos estábamos ligeramente emocionados. Nos dimos la mano, riendo, y Mahony dijo:

"¡Hasta mañana, compañeros!"

Esa noche dormí mal. Por la mañana fui el primero en llegar al puente, ya que vivía más cerca, escondí mis libros en la larga hierba cerca del basure-ro, al final del jardín, donde nunca venía nadie, y me apresuré a recorrer la orilla del canal. Era una mañana soleada de la primera semana de junio. Me senté en la albardilla del puente admirando mis frágiles zapatos de lona que había limpiado con diligencia durante la noche y observando los dóciles caballos que tiraban de un tranvía cargado de gente de negocios colina arriba. Todas las ramas de los altos árboles que bordeaban la alameda estaban alegres con pequeñas hojas de color verde claro y la luz del sol se deslizaba a través de ellas hacia el agua. La piedra de granito del puente empezaba a estar caliente y comencé a acariciarla con las manos al compás de un soplo de aire en mi cabeza. Me sentía muy feliz.

Cuando llevaba cinco o diez minutos sentado allí, vi que se acercaba el traje gris de Mahony. Subió la colina, sonriendo, y se subió a mi lado en el puente. Mientras esperábamos, sacó el tirachinas que sobresalía de su bolsillo interior y me explicó algunas mejoras que había hecho en él. Le pregunté por qué lo había traído y me dijo que lo había hecho para tener un poco de diversión con los pájaros. Mahony utilizaba libremente la jerga y hablaba del padre Butler como el viejo Bunser. Esperamos un cuarto de hora más, pero seguía sin haber señales de Leo Dillon. Mahony, por fin, bajó de un salto y dijo:

"Vamos. Sabía que el Gordo se iba a divertir".

"¿Y sus seis peniques...?" Dije.

"Eso está perdido", dijo Mahony. "Y mucho mejor para nosotros: un chelín y un curtidor en lugar de un chelín".

Caminamos por la North Strand Road hasta llegar a la Vitriol Works y luego giramos a la derecha por la Wharf Road. Mahony empezó a hacer el indio en cuanto estuvimos fuera de la vista del público. Persiguió a una multitud de muchachas harapientas, blandiendo su tirachinas descargado y, cuando dos muchachos harapientos comenzaron, por caballerosidad, a arrojar piedras, propuso que cargáramos contra ellos. Yo objeté que los chicos eran demasiado pequeños, y así seguimos caminando, con la tropa de harapientos gritando tras nosotros: "¡Protestantes! ¡Protestantes!", pensando que éramos protestantes porque Mahony, que era de tez oscura, llevaba la insignia de plata de un club de cricket en su gorra. Cuando llegamos al Smoothing Iron organizamos un asedio; pero fue un fracaso porque hay que disponer de al menos tres personas. Nos vengamos de Leo Dillon diciéndole que era un embustero y adivinando cuántas recibiría a las tres del señor Ryan.

Nos acercamos entonces al río. Estuvimos un buen rato caminando por las ruidosas calles flanqueadas por altos muros de piedra, observando el funcionamiento de grúas y motores y siendo a menudo increpados por nuestra inmovilidad por los conductores de los ruidosos carros. Era mediodía cuando llegamos a los muelles y, como todos los obreros parecían estar almorzando, compramos dos grandes bollos de grosella y nos sentamos a comerlos en unos tubos metálicos junto al río. Nos deleitamos con el espectáculo del comercio de Dublín: las barcazas señaladas desde lejos por sus hilos de humo lanoso, la flota pesquera marrón más allá de Ringsend, el gran velero blanco que se descargaba en el muelle de enfrente. Mahony decía que sería una buena obra de teatro escaparse al mar en uno de esos grandes barcos, e incluso yo, mirando los altos mástiles, veía, o imaginaba, que la geografía que me habían dosificado escasamente en la escuela iba tomando cuerpo bajo mis ojos. La escuela y el hogar parecían alejarse de nosotros y sus influencias parecían disminuir.

Cruzamos el Liffey en el transbordador, pagando nuestro peaje para ser transportados en compañía de dos jornaleros y un pequeño judío con una bolsa. Estábamos serios hasta la solemnidad, pero una vez durante el corto viaje nuestras miradas se cruzaron y nos reímos. Cuando desembarcamos, observamos el desembarco de la graciosa trimadre que habíamos observado

desde el otro muelle. Un espectador dijo que era un barco noruego. Me acerqué a la popa y traté de descifrar la leyenda que aparecía en ella, pero, al no conseguirlo, regresé y examiné a los marineros extranjeros para ver si alguno tenía los ojos verdes, pues tenía una idea confusa. . . . Los ojos de los marineros eran azules y grises e incluso negros. El único marinero cuyos ojos podían llamarse verdes era un hombre alto que divertía a la multitud en el muelle gritando alegremente cada vez que caían las tablas:

"¡Muy bien! ¡Todo bien!"

Cuando nos cansamos de este espectáculo, nos adentramos lentamente en Ringsend. El día se había vuelto sofocante, y en los escaparates de las tiendas de comestibles se veían galletas rancias. Compramos algunas galletas y chocolate que comimos tranquilamente mientras paseábamos por las miserables calles donde viven las familias de los pescadores. Al no encontrar productos lácteos, entramos en una tienda de venta ambulante y compramos una botella de limonada de frambuesa cada uno. Refrescado por esto, Mahony persiguió a un gato por un carril, pero el gato se escapó a un amplio campo. Los dos nos sentíamos bastante cansados y cuando llegamos al campo nos dirigimos de inmediato a un banco inclinado sobre cuya cresta podíamos ver el Dodder.

Era demasiado tarde y estábamos demasiado cansados para llevar a cabo nuestro proyecto de visitar el Pigeon House. Teníamos que estar en casa antes de las cuatro para que no se descubriera nuestra aventura. Mahony miró con pesar su tirachinas y tuve que sugerirle volver a casa en tren antes de que recuperara la jovialidad. El sol se ocultó tras unas nubes y nos dejó con nuestros pensamientos hastiados y las migajas de nuestras provisiones.

No había nadie más que nosotros en el campo. Cuando llevábamos un rato tumbados en la orilla sin hablar, vi a un hombre que se acercaba desde el otro extremo del campo. Lo observé perezosamente mientras masticaba uno de esos tallos verdes con los que las muchachas adivinan la suerte. Se acercó por la orilla lentamente. Caminaba con una mano en la cadera y en la otra sostenía un palo con el que golpeaba ligeramente el césped. Iba mal vestido con un traje de color negro verdoso y llevaba lo que solía llamarse un sombrero de guante con una corona alta. Parecía bastante viejo, pues su bigote era de color gris ceniza. Cuando pasó a nuestros pies, nos miró rápidamente y continuó su camino. Le seguimos con la mirada y vimos que,

cuando había avanzado unos cincuenta pasos, se daba la vuelta y empezaba a desandar el camino. Caminaba hacia nosotros muy despacio, golpeando siempre el suelo con su bastón, tan despacio que me pareció que buscaba algo en la hierba.

Se detuvo al llegar a nuestro lado y nos dio los buenos días. Le respondimos y se sentó a nuestro lado en la ladera lentamente y con mucho cuidado. Empezó a hablar del tiempo, diciendo que sería un verano muy caluroso y añadiendo que las estaciones habían cambiado mucho desde que él era un niño, hace mucho tiempo. Dijo que la época más feliz de la vida era, sin duda, la del colegio y que daría cualquier cosa por volver a ser joven. Mientras expresaba estos sentimientos, que nos aburrían un poco, guardamos silencio. Luego empezó a hablar de la escuela y de los libros. Nos preguntó si habíamos leído la poesía de Thomas Moore o las obras de Sir Walter Scott y Lord Lytton. Yo fingí que había leído todos los libros que mencionó, de modo que al final dijo:

"Ah, ya veo que eres un ratón de biblioteca como yo. Ahora", añadió, señalando a Mahony, que nos miraba con los ojos abiertos, "él es diferente; le gustan los juegos".

Dijo que tenía en casa todas las obras de Sir Walter Scott y todas las de Lord Lytton y que nunca se cansaba de leerlas. "Por supuesto", dijo, "había algunas obras de Lord Lytton que los chicos no podían leer". Mahony preguntó por qué los chicos no podían leerlas, una pregunta que me agitó y me dolió porque temía que el hombre pensara que yo era tan estúpido como Mahony. El hombre, sin embargo, sólo sonrió. Vi que tenía grandes huecos en la boca entre sus dientes amarillos. Luego nos preguntó quién de nosotros tenía más amores. Mahony mencionó con ligereza que tenía tres "ligues". El hombre me preguntó cuántas tenía yo. Le contesté que no tenía ninguna. No me creyó y dijo que estaba seguro de que debía tener una. Me quedé callado.

"Díganos", dijo Mahony con pertinacia al hombre, "¿cuántas tiene usted?".

El hombre sonrió como antes y dijo que cuando tenía nuestra edad había tenido muchas novias.

"Todos los niños", dijo, "tienen una amiguita".

Su actitud en este punto me pareció extrañamente liberal en un hombre de su edad. En mi interior pensaba que lo que decía sobre los chicos y las novias era razonable. Pero me disgustaron las palabras que pronunció y me pregunté por qué se estremeció una o dos veces como si temiera algo o sintiera un repentino escalofrío. A medida que avanzaba me di cuenta de que su acento era bueno. Comenzó a hablarnos de las muchachas, diciendo lo bonito que era su pelo y lo suaves que eran sus manos y que no todas las muchachas eran tan buenas como parecían serlo si uno lo sabía. No había nada que le gustara tanto, dijo, como mirar a una buena chica joven, sus bonitas manos blancas y su hermoso y suave pelo. Me daba la impresión de que repetía algo que había aprendido de memoria o que, magnetizado por algunas palabras de su propio discurso, su mente daba vueltas y vueltas lentamente en la misma órbita. A veces hablaba como si simplemente aludiera a algún hecho que todo el mundo conocía, y a veces bajaba la voz y hablaba misteriosamente como si nos contara algo secreto que no quería que los demás escucharan. Repetía sus frases una y otra vez, variándolas y rodeándolas con su monótona voz. Yo seguía mirando hacia el pie de la ladera, escuchándole.

Después de un largo rato su monólogo se detuvo. Se levantó lentamente, diciendo que tenía que dejarnos durante un minuto, unos minutos, y, sin cambiar la dirección de mi mirada, le vi alejarse lentamente de nosotros hacia el extremo cercano del campo. Permanecemos en silencio cuando se hubo ido. Después de un silencio de unos minutos oí a Mahony exclamar:

"¡Yo digo! Mira lo que está haciendo!"

Como no contesté ni levanté la vista, Mahony volvió a exclamar

"Digo... Es un viejo chiflado".

"En caso de que nos pida nuestros nombres", dije, "que tú seas Murphy y yo Smith".

No nos dijimos nada más. Todavía estaba considerando si me iría o no cuando el hombre volvió y se sentó de nuevo junto a nosotros. Apenas se había sentado cuando Mahony, al ver a la gata que se le había escapado, se levantó de un salto y la persiguió por el campo. El hombre y yo observamos la persecución. La gata volvió a escaparse y Mahony empezó a lanzar pie-

dras contra el muro que había escalado. Al desistir, comenzó a vagar por el extremo del campo, sin rumbo fijo.

Después de un intervalo, el hombre me habló. Me dijo que mi amigo era un chico muy duro y me preguntó si le pegaban a menudo en la escuela. Yo iba a responderle indignado que no éramos niños de la Escuela Nacional para ser azotados, como él lo llamaba; pero me quedé callado. Comenzó a hablar sobre el tema de los castigos a los niños. Su mente, como si estuviera magnetizada de nuevo por su discurso, parecía dar vueltas lentamente alrededor de su nuevo centro. Decía que cuando los chicos eran así de buenos debían ser azotados y bien azotados. Cuando un chico era rudo y rebelde, no había nada que le sirviera más que unos buenos azotes. Una palmada en la mano o una caja en la oreja no servían: lo que él quería era recibir unos buenos y cálidos azotes. Me sorprendió este sentimiento e involuntariamente levanté la vista hacia su rostro. Al hacerlo, me encontré con la mirada de un par de ojos verdes como botellas que me miraban desde una frente crispada. Volví a desviar la mirada.

El hombre continuó su monólogo. Parecía haber olvidado su reciente liberalidad. Dijo que si alguna vez encontraba a un chico hablando con chicas o teniendo a una chica por novia, lo azotaría y lo azotaría; y eso le enseñaría a no estar hablando con chicas. Y si un chico tenía una chica como novia y mentía sobre ello, le daría unos azotes como ningún chico había recibido en este mundo. Decía que no había nada en este mundo que le gustara tanto como eso. Me describió cómo azotaría a ese chico como si estuviera desplegando un elaborado misterio. Dijo que eso le gustaría más que cualquier otra cosa en este mundo; y su voz, mientras me guiaba monótonamente a través del misterio, se volvió casi afectuosa y parecía suplicarme que le entendiera.

Esperé hasta que su monólogo se detuvo de nuevo. Entonces me levanté bruscamente. Para no delatar mi agitación, me demoré unos instantes fingiendo que me arreglaba bien el zapato y luego, diciendo que me tenía que ir, le di los buenos días. Subí la pendiente con calma, pero mi corazón latía rápidamente por el temor de que me agarrara por los tobillos. Cuando llegué a la cima de la ladera me di la vuelta y, sin mirarlo, llamé en voz alta a través del campo:

"¡Murphy!"

Mi voz tenía un acento de valentía forzada y me avergoncé de mi mísera estratagema. Tuve que volver a pronunciar el nombre antes de que Mahony me viera y respondiera con un grito. ¡Cómo me latía el corazón cuando vino corriendo a través del campo hacia mí! Corrió como si quisiera traerme ayuda. Y me arrepentí, porque en mi corazón siempre le había despreciado un poco.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO  
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**